

Sicariato y criminalidad en Colombia: perspectivas y realidades

Olga Lucía Gaitán G. *

INTRODUCCIÓN

En 1984 caía asesinado el ministro de Justicia de la época, Rodrigo Lara Bonilla. Según las autoridades, uno de los autores materiales del crimen fue el joven Bayron Velásquez, de 16 años de edad. Desde entonces se hizo cotidiana la figura del sicario en nuestros diarios y revistas. No obstante, el fenómeno no es reciente ni en nuestro país ni en el mundo.

En efecto, el término proviene del latín *sicarius*, asesino pagado. “Aparece en Roma, en época de Julio César; reaparece en el Renacimiento, vinculado a los crímenes de la época de los Borgia, en esa Florencia deslumbrante y maquiavélica; se reproduce en los bajos fondos de la novela del siglo XIX”¹.

Según LAQUEUR, una de las primeras manifestaciones terroristas es la de los *sicarii*, “una secta religiosa muy bien organizada, formada por hombres de las clases bajas y activa durante la rebelión de los celotes en Palestina (66-73 d. de C.)”². Este movimiento se caracterizó por ejecutar acciones contra sus enemigos a plena luz del día, de preferencia durante las festividades en Jerusalén. “Los *sicarii* destruyeron la casa de Ananías, el sumo sacerdote, así como los palacios de los gobernantes herodianos”³; quemaron los archivos públicos,

* Profesora de la Universidad de los Andes.

¹ A. HOLGUÍN, citado en “Un viaje al universo del sicariato”. Informe Especial, *El Tiempo*, Bogotá, abril 9 de 1989, págs. 1a-2b.

² W. LAQUEUR, *Terrorismo*, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1980. Traducción española de José Luis López, pág. 28.

³ *Ibidem*, pág. 29.

los graneros y sabotearon las reservas de agua de Jerusalén. Visto con esta perspectiva histórica, el sicario de hoy no es más que el renacimiento de viejas formas de violencia utilizadas previamente en muchas partes del mundo⁴.

En nuestro país, para algunos autores, el antecedente inmediato de los sicarios puede encontrarse en los llamados "pájaros", de la violencia de los años cincuenta. A pesar de las diferencias existentes, el común denominador es la modalidad del asesinato por delegación⁵.

Frente a esta realidad histórica han surgido recientemente en nuestro medio diversas interpretaciones discursivas, cuyo fin es ofrecer algún tipo de explicación válido. El sicariato se ha convertido en tema de conversación cotidiano, en motivo de alarma social y en objeto de estudio por parte de médicos, psiquiatras, sociólogos, violentólogos, etc. Los diarios comentan, la opinión pública se manifiesta, los especialistas inician investigaciones. Así, progresivamente vemos tejerse una telaraña de perspectivas y visiones diferentes que se cruzan y van construyendo y reconstruyendo la realidad social del sicariato. El discurso se mezcla con la realidad, hace realidad. De esta manera, el acercamiento y el conocimiento que tenemos del fenómeno, nos viene dado a través de ese proceso comunicativo complejo.

En términos de FOUCAULT, "el discurso transporta y produce poder; lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo"⁶. En ese sentido, es una realidad política que amerita atención. Se pretende, entonces, en este artículo abordar el problema del sicariato en Colombia, a partir de las realidades discursivas que enmarcan su interpretación. No se hará un estudio sobre las causas que dieron origen al fenómeno, sino sobre los discursos que buscan dar cuenta de él, con el fin de explorar sus dimensiones políticas, tanto en relación con las consecuencias que de ellos se derivan en la propuesta de políticas criminales, como con el carácter estratégico de los mismos. Paralelamente, irán surgiendo algunos elementos para elaborar una teoría más crítica y global de este hecho social.

Con base en una revisión bibliográfica y de prensa se logró determinar dos niveles discursivos básicos. El primero, de mayor difusión social, toma como variable al narcotráfico; así, el sicariato se explica por la acción de los llamados "carteles de la droga". Esta perspectiva es desarrollada por algunos columnistas de prensa y por representantes del gobierno. El segundo, proveniente de sectores más académicos, interpreta al sicario a la luz de los planteamientos de la teoría de las subculturas criminales y de la anomia de DURKHEIM y MERTON.

⁴ *Ibidem*, pág. 45.

⁵ "Los «pájaros» actuaron generalmente a partir de adhesiones simbólicas partidistas o personales a dirigentes regionales, y su acción se ejecutaba en nombre de un orden que se sentía amenazado o se quería imponer. La relación monetaria, cuando la había, se subordinaba a la adscripción personal del ejecutante con su amo y señor. La forma actual, en cambio omite esas consideraciones simbólicas y adscriptivas, se despoja de consideraciones políticas o éticas, y se convierte en un oficio en el que la remuneración ocupa los espacios anteriores". A. CAMACHO, "La Violencia en Colombia. Elementos para su interpretación", en *Revista Foro*, núm. 6, Bogotá, junio de 1968, pág. 8.

⁶ M. FOUCAULT, *Historia de la sexualidad: La voluntad del saber*, tomo I, Siglo XXI, México, 1984, pág. 123.

A cada una de las anteriores perspectivas corresponde una manera de plantear y resolver el interrogante, es decir, una manera de construir la realidad. Cada una lleva implícita una determinada concepción del Estado y lo social, con repercusiones políticas estratégicas. En las páginas siguientes se describirán las características globales de cada uno de los discursos arriba presentados, sus implicaciones respecto de políticas criminales y su análisis crítico.

Es necesario, antes de comenzar, prevenir al lector sobre el carácter provisional del estudio propuesto. Nuestra intención se centra en tratar de revelar la utilidad política implícita del discurso, entendido como saber que produce realidad. "Hay que admitir más bien que el poder produce saber (y no simplemente favoreciéndole porque lo sirva o aplicándolo porque sea útil); que poder y saber se implican directamente el uno al otro; que no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder. Estas relaciones de «poder-saber» no se pueden analizar a partir de un sujeto de conocimiento que sería libre o no en relación con el sistema de poder; sino que hay que considerar, por lo contrario, que el sujeto que conoce, los objetos que conocer y las modalidades de conocimiento son otros tantos efectos de esas implicaciones fundamentales del poder-saber y de sus transformaciones históricas"⁷. Con estas palabras de FOUCAULT queremos dejar planteada nuestra vía de análisis y abiertas las puertas para una investigación futura.

1. EL SICARIATO: UNA VEZ MÁS EL NARCOTRÁFICO. ¿HACIA EL REENCAUCHE DE UNA GUERRA?

1.1. *Características discursivas.* En este primer plano discursivo, el sicariato es visto como uno de los efectos más atroces del único problema claro en Colombia: el narcotráfico.

La irrupción del narcotráfico en nuestro país ha generado nuevos comportamientos y valores, contrarios a la solidaridad y a la moral; estos cambios desatan violencia y nuevas formas de delincuencia. Paralelamente, la presencia del narcotráfico ocasiona deterioro y corrupción en las formas de respuesta social capaces de acabar con el problema⁸. "El narcotráfico irrumpe como un poder y trae sus propios valores, que pronto son asumidos por esas comunidades marginadas: comunidades que encuentran en los jefes de la droga en especie de salvadores. Esos valores son el enriquecimiento fácil, el poder económico como símbolo de todo prestigio, la violencia como medio de lograr lo que se quiere"⁹.

⁷ FOUCAULT, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1978, pág. 34.

⁸ ROSA DEL OLMO, *El nuevo orden económico de la droga y su impacto en América Latina*, mimeo, Caracas, 1989, pág. 42.

⁹ "Un viaje al universo del sicariato". Informe Especial, *El Tiempo*, Bogotá, abril 9 de 1989, págs. 1a-2b.

Para el exministro de Gobierno LEMOS SIMMONDS, el sicariato es la consecuencia lógica del poder corruptor del narcotráfico¹⁰. La presidencia de la República, por su parte, afirma que el narcotráfico se convirtió en un problema fundamental que atenta contra el bienestar, la estabilidad y la seguridad de nuestra nación y de nuestros países¹¹. "Se ha logrado comprobar la existencia de un vínculo entre el narcotráfico, el terrorismo, la subversión y la delincuencia, ocasionando el deterioro de la sociedad y la desestabilización del área"¹².

De esta manera, la presencia del narcotráfico en nuestro país explica la aparición de un nuevo esquema de valores culturales, políticas y sociales. Por su causa, Colombia se encuentra inmersa en la peor de sus crisis y en la más gigantesca ola de violencia generalizada. El sicariato es una de esas modalidades, fruto de la acción de los carteles de la droga. El sicario es visto como un delincuente, cuya responsabilidad penal debe ser objeto de una amplia represión. "Aquí ya nadie es culpable de sus actos. A la mano del sicario o del guerrillero que asesina a su rehén, no la mueve su propia voluntad homicida. La dirigen las circunstancias, el medio ambiente, el entorno, la ley de la causalidad social, el prójimo", plantea LEMOS SIMMONDS criticando la posición de algunos actores sociales, que analizaremos en el próximo acápite. Más adelante agrega: "Según esa extraña lógica, los victimarios son las víctimas y no al revés"¹³.

La desestabilización producida en nuestro orden social se extiende a sus formas de administrar justicia. Se argumenta, entonces, que el narcotráfico ha ocasionado un derrumbe moral de nuestras instituciones: "Sin necesidad de hacer un perfil melodramático de la situación colombiana, hay que decir que la justicia de este país simplemente no funciona, porque los encargados de administrarla están sobornados o amenazados; el 80% de los policías, según los cálculos menos exagerados, son incapaces de combatir el narcotráfico. Cuando no son sus aliados; el Ejército está infiltrado, el Congreso está infiltrado, la prensa está infiltrada, la guerrilla está manchada; el país entero sufre la psicosis de ser un gran laboratorio de cocaína, incomprendido y repudiado por el resto del mundo"¹⁴. El auge de la violencia, y concretamente del sicariato, es la consecuencia de este doble deterioro. En ese sentido, APULEYO MENDOZA afirma: "No se necesita ser sociólogo para saber que cuando la justicia oficial no opera, surge una justicia paralela, de métodos siniestros. Una vez más, la fragilidad del Estado para hacer cumplir la ley es el factor que incrementa la violencia. Y esta, por cierto, corre por cuenta de organizaciones millonarias, sean de narcotraficantes o de guerrilleros y no precisamente de menesterosos abrumados por su miseria"¹⁵.

La cobertura explicativa de la hipótesis arriba señalada, se extiende a los recientes hechos ocurridos en la capital antioqueña. Así, la crisis en las bandas sicariales es interpretada como un efecto del desempleo que supuso la muerte de Rodríguez Gacha y el asedio militar a Pablo Escobar. Estos dos hechos crearon una situación de inestabilidad al interior de la unidad sicarial¹⁶, que trajo como consecuencia la desorganización total: "La primera voz de alerta sobre las consecuencias del problema la dio el comandante de la policía metropolitana, Humberto Camero Maldonado, hace tres meses cuando denunció un auge en el robo de carros y se lo atribuyó a «los vagos del narcotráfico». De ahí en adelante el desempleo de los sicarios se vio reflejado en la diversificación de sus delitos. Muchachos entrenados para matar con armas sofisticadas se dedicaron al asalto callejero, al robo de bancos y corporaciones financieras, y a la industria del secuestro"¹⁷.

Tanto los asesinatos indiscriminados a la población civil de las comunas nororientales de Medellín, como la muerte de más de 97 agentes de policía son originados en última instancia por la acción del jefe del cartel antioqueño. "Los asesinatos de los policías comenzaron en abril, cuando la IV Brigada del Ejército, en Antioquia, ordenó la toma militar de Envigado. En represalia por la acción militar, Pablo Escobar, jefe del cartel de la droga, hizo «regar la bola» de que por cada policía asesinado pagaría dos millones de pesos. El resultado en una sola semana fue de 12 agentes asesinados. En tres meses pasó a 97 agentes... Ante los hechos, según los estudiosos que defienden la teoría de la retaliación, comenzaron a operar grupos de justicia privada, que algunos llaman «paramilitares urbanos» encargados de llevar a cabo una «limpieza» general de los barrios populares de la capital paisa cada vez que asesinan un policía"¹⁸.

En síntesis, el surgimiento de las bandas sicariales se debe al narcotráfico, por dos efectos esenciales: en primer lugar, por la presencia de nuevos valores culturales de enriquecimiento fácil que son introyectados por la población marginal en Colombia. En segundo lugar, por la desestabilización institucional que él ha producido en el ámbito de la administración de justicia.

De acuerdo con este diagnóstico, el sicario no es más que un delincuente de la peor clase, un individuo que está a órdenes de los carteles de la droga, dispuesto a matar a cambio de dinero¹⁹. En consecuencia, el mecanismo ideal para combatirlo es la mano dura, es decir, aplicar la ley penal con el máximo de dureza y la represión policivo-militar. "A quienes delinquen hay que responsabilizarlos de sus

¹⁰ Véase de CARLOS LEMOS, "La gran disculpa", en *El Tiempo*, Bogotá, julio 4 de 1990, pág. 5a.

¹¹ PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA, *La lucha contra el narcotráfico en Colombia*, Imprenta Nacional, Bogotá, octubre 1988, pág. 7.

¹² Cita de Peter Reuter en R. DEL OLMO, "La cara oculta de las drogas", en *Monografías Jurídicas*, núm. 58, Edit. Temis, Bogotá, 1988, pág. 73.

¹³ C. LEMOS, "La gran disculpa", *op. cit.*, pág. 5a.

¹⁴ *Revista del Domingo. El País*, Madrid, febrero 22 de 1987, pág. 12.

¹⁵ P. MENDOZA, "Pecados de derecha", en *El Tiempo*, Bogotá, julio 9 de 1990, pág. 5a.

¹⁶ Véase "El vengador anónimo", en *Revista Semana*, Bogotá, junio 12 de 1990, pág. 30.

¹⁷ "El desempleo del sicariato. Informe Especial", en *Revista Semana*, Bogotá, febrero 6 de 1990, págs. 22 y ss.

¹⁸ "El vengador anónimo", en *Revista Semana*, ed. cit., págs. 29-30.

¹⁹ "Lo allí expuesto es la historia de las degeneraciones que ha sembrado el narcotráfico y que seguirán creciendo monstruosamente si el Estado y la sociedad colombiana siguen en esa especie de fiesta en la que los problemas de los demás no son nuestros problemas. Es el campo fértil en el que se da silvestre el sicariato que es un negocio..." AYATOLLAH, "Sicarios ¿quién los descifra?", en *El Tiempo*, Bogotá, abril 9 de 1989, pág. 5a.

propios actos”²⁰. Pero, reconocida como está la debilidad del Estado y de su aparato de justicia, se propone reforzar esta institución, continuar la guerra frontal contra la droga, aumentando el pie de fuerza, aligerando los procesos penales, levantando los límites procesales: “¿Cuáles deben ser las medidas de tipo penal para lograrlo? Pueden ser variadas, pero en el fondo lo que urge es que hay que repensar nuestro sistema de derecho penal para poder conciliar la seguridad pública con las garantías ciudadanas. Hay que repensar, también, desde el fondo, los instrumentos de acción de tipo policivo. «La ciudadanía va a tener que aceptar muchas limitaciones en sus derechos básicos, en su vida cotidiana, para poderle hacer frente a este problema»”²¹.

No se aboga por cualquier administración de justicia, sino por una que garantice el máximo de eficiencia; este ingrediente supone renunciar a los principios clásicos del debido proceso y de las garantías constitucionales. El problema es de tal magnitud que amerita incluso suspender ciertos postulados del Estado de Derecho. “Los militares consideran que es urgente establecer una alternativa, por ejemplo, mediante tribunales superespeciales que puedan estar al margen de presiones y amenazas”²².

Paralelamente, las medidas de orden militar deben aumentar, respaldadas por estos presupuestos. En Medellín, considerada la cuna del sicariato, las comunas nororientales fueron militarizadas desde el cuatro de enero pasado. Los municipios de Bello, La Estrella y Envigado han sido blanco de operativos militares, a partir del 8 de enero del presente año. El general Harold Bedoya, comandante de la IV Brigada, ordenó la contraofensiva “que solo terminará cuando sean desmanteladas esas bandas de lacras”²³.

La guerra contra el narcotráfico es la guerra contra el sicariato, por lo tanto, es necesario continuar la lucha; de lo contrario, este fenómeno acabará con nuestra democracia, nuestros valores y nuestra juventud. El llamado se orienta a la solidaridad en torno a la acción gubernamental contra ese flagelo. La conclusión última es, así, seguir adelante pero reforzar los medios; incrementar la lucha sin cambiar los presupuestos de las políticas estatales en materia de drogas. En palabras de STANLEY COHEN, se propugna la administración de “más de lo mismo”²⁴.

Se reconoce, igualmente, la necesidad de impulsar la educación: “hay que volver a un sistema educativo que restaure el principio de la responsabilidad individual”²⁵. La juventud debe recibir formación e información que alimente las tradiciones, las buenas maneras, el respeto a la autoridad y a los mayores²⁶.

²⁰ C. LEMOS, *op. cit.*, pág. 5a.

²¹ Palabras del abogado Jesús Mejía Vallejo en “La extradición tiene al país sumido en un inmenso cementerio”, en *El Colombiano*, Medellín, junio 27 de 1990, pág. 6a.

²² “El desempleo del sicariato. Informe Especial”, en *Revista Semana*, ed. cit., pág. 27.

²³ *Ibidem*, pág. 26.

²⁴ S. COHEN, *Visiones del control social*, P.P.U., Barcelona, 1985. Traducción de Elena Larrauri, pág. 40.

²⁵ C. LEMOS, *op. cit.*, pág. 5a.

²⁶ Cf. en ese sentido, *ibidem*, pág. 5a.

1.2 *La estrategia del discurso: narcotización social y legitimación estatal.* Es claro observar cómo la lógica implícita en este primer nivel discursivo se fundamenta en la reducción de la problemática social a un solo factor, a un solo problema: el narcotráfico. Este reduccionismo en el campo de la retórica permite a sus autores explicar la más variada gama de fenómenos a la luz del prefijo “narco”. En Colombia, la base de todos los conflictos se encuentra determinada por la droga, su producción, consumo y tráfico²⁷.

La sociedad colombiana, según esta visión, está integrada por una mayoría: los hombres de bien, y por una minoría de malvados: los narcotraficantes y sus aliados terroristas y sicarios. No obstante, esta minoría ha logrado apoderarse del país y sembrar el terror y la violencia. Estamos ante el derrumbe de nuestras instituciones, de nuestros valores, de nuestra nación.

Los planteamientos elaborados por los sectores oficiales y por algunos comentaristas de prensa, inducen al analista a formular algunos comentarios. En primer lugar, desde un punto de vista histórico, esta perspectiva muestra la existencia de una época dorada, en la que sí funcionaba la justicia y había valores sociales y morales fuertemente arraigados. Sin embargo, el paraíso desapareció como producto de la ley impuesta por los carteles de la droga. Esta “lectura mítica”²⁸ de nuestro pasado y nuestro presente no se compadece con la historia, como lo apuntan algunos especialistas²⁹. De acuerdo con estudios elaborados por investigadores del grupo Análisis, “los conflictos producidos por el narcotráfico, la guerrilla, los grupos paramilitares de derecha y las asociaciones de sicarios o asesinos a sueldo, se insertan en una serie de tensiones y problemas que se han venido acumulando en nuestra sociedad a lo largo de los siglos. Esas tensiones y problemas son puestos de manifiesto y multiplicados al máximo, pero no producidos por la presente coyuntura”³⁰.

A nuestra manera de ver, esta ahistoricidad en la forma de abordar el problema lleva inmersa una serie de presupuestos con efectos políticos. En efecto, la noción del Estado y de la organización social implícitos al discurso, suponen un aparato estatal neutral, ajeno a la problemática y garante del bien común. La sociedad está basada en un pacto social, aparentemente roto. Por lo tanto, las medidas que se recomiendan van dirigidas a realimentar el Estado; a fortalecerlo y a reclamar la solidaridad ciudadana en torno a los valores que él pregona. El Estado es una víctima más.

Sin embargo, una visión más crítica reconoce en el Estado un agente esencial para la reproducción de las relaciones sociales. La actual estructura de la tenencia

²⁷ Ver al respecto: J. ESCOBAR y O. GAITÁN, *La política criminal en materia de drogas: sus planteamientos, normas, prácticas y críticas. Perspectiva socio-jurídica*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1990.

²⁸ Cf. F. GONZÁLEZ, “¿Hacia un ‘nuevo colapso parcial del Estado’?”, en *Análisis*, núm. 1, CINEP, Bogotá, septiembre de 1988, págs. 5-12.

²⁹ Cf. F. GONZÁLEZ, “¿Hacia un ‘nuevo colapso parcial del Estado’?”, en *Análisis*, núm. 1, CINEP, Bogotá, septiembre de 1988, pág. 7 y “Precariedad del Estado y fragmentación del poder”, en *Análisis*, núm. 2, CINEP, Bogotá, noviembre de 1989, págs. 5-12.

³⁰ “Presentación”, en *Análisis*, núm. 4, CINEP, Bogotá, junio de 1990, pág. 3.

de la tierra en Colombia, el abandono de ciertas regiones, los conflictos acumulados no pueden explicarse sin la presencia selectiva del Estado, sin su intervención reguladora en favor de grupos sociales más poderosos³¹. De otra parte, para la crítica marxista la forma estatal es copartícipe en la reproducción de las relaciones capitalistas, basadas en la extorsión del sobre-trabajo³². La igualdad necesaria al intercambio mercantil de hombres y de cosas no puede darse sin la participación del Estado y del derecho: "... en ese contexto el proceso de proletarización no es, en absoluto pacífico; es naturalmente violento. La constitución del sujeto proletario es una imposición, una ruptura, una creación"³³. Esta violencia se oculta bajo las apariencias reales de externalidad, neutralidad e igualdad representadas en el Estado. Como puede observarse, en cualquiera de las dos perspectivas esta institución es el actor social por excelencia para el mantenimiento de la organización social, sea como reproductor de unas relaciones de explotación en sí mismas violentas, sea como agente regulador selectivo. En ese sentido, el discurso que pretende explicar el sicariato con base en la acción de los narcotraficantes vela la intervención del aparato estatal, niega la complejidad de los procesos sociales y, más lejos aún, legitima al Estado y sus formas de intervención, proclamando su neutralidad. Por esta vía, las acciones que se emprendan para combatirlo se presentan como necesarias y urgentes, no importa su carácter. Si ellas son altamente represivas se justifican por la gravedad del flagelo, aun si atentan contra las bases del Estado de Derecho que se pretende proteger y contra los derechos humanos de los ciudadanos.

Desde un punto de vista criminológico, con esta perspectiva, las definiciones sociales sobre el delito pierden su componente político y se muestran como el producto de la voluntad general. El delito es un comportamiento y sus autores son seres diferentes, mas no por ello irresponsables penalmente. En una mezcla de Positivismo y Escuela Clásica, el sicario es un ser anormal porque se desvía de lo socialmente aceptado, pero responsable porque su delito es un acto de su libre voluntad³⁴.

³¹ En ese sentido pueden consultarse los estudios sobre violencia de autores como ALFREDO MOLANO, ALEJANDRO REYES, RICARDO SÁNCHEZ, etc. En ellos podrá observarse cómo la acción u omisión del Estado ha favorecido los intereses de ciertos sectores sociales. Un ejemplo de ello puede ser la colonización. No obstante, para otros autores la actual coyuntura es la síntesis de nuestra larga historia en que el Estado, hasta ahora precario, fragmentado y ausente de la mayor parte del territorio nacional, aún está en gestación. Ver: F. GONZÁLEZ, "¿Hacia un 'nuevo colapso parcial del Estado'?", en *Análisis*, núm. 1, CINEP, Bogotá, septiembre de 1988, pág. 7. No compartimos completamente esta posición, pues ella, igualmente, manifiesta una creencia en la capacidad neutral del Estado. El enfoque, a diferencia del discurso que analizamos, reconoce la historicidad de nuestros conflictos, pero culpa de ellos a la incapacidad reguladora del Estado debido a su precariedad. Si el Estado colombiano estuviera consolidado, la violencia no existiría. En el fondo, es la misma concepción acritica del aparato estatal.

³² Cf. F. ROJAS, "El Estado en los ochenta: ¿un régimen policivo?", en *Controversia*, núms. 82-83, CINEP, Bogotá, 1980, págs. 79-104.

³³ G. PALACIO, *El discurso sobre la violencia: Hacia la reconstrucción de la neutralidad del Estado*. Ponencia presentada para el Seminario sobre "Crisis Institucional y Régimen Político en Colombia", ILSA-CLACSO, mimeo, Bogotá, julio de 1989, pág. 8.

³⁴ Se hace referencia a las teorías criminológicas que consideran al delito como una definición social producto de un complejo proceso social, político y económico, y a aquellas visiones que plantean cómo la acción selectiva de la justicia crea estereotipos penales que por la interacción social y el etiqueta-

El sistema de administración de justicia aparece como víctima y se ignora su intervención selectiva. En últimas, el chivo expiatorio del narcotráfico permite desviar la atención hacia una comprensión más global de los fenómenos sociales y, al mismo tiempo, habilita el sistema de organización social vigente, lo refuerza y lo torna "bueno". Evidentemente, la estrategia perpetúa el *status quo* vigente. Además, tiene un efecto inmediato: reforzar la solidaridad en torno a los presupuestos de la guerra contra el narcotráfico; guerra que se presume indispensable, pero cuyos costos sociales no se consideran. La política criminal en materia de drogas termina siendo la única vía posible para acabar con nuestros problemas y con el sicariato.

Finalmente, solo resta preguntarse por las consecuencias sociales de la continuación de la guerra, así alimentada. Y surge el interrogante: ¿para qué y para quiénes la guerra? ¿No será útil para, paralelamente, generar prácticas extrapenales con el fin de controlar por vías diferentes otros "ilegalismos"? Sirviendo así para distinguir, distribuir y utilizar las infracciones: "... ¿sería entonces una manera de administrar los ilegalismos, de trazar límites de tolerancia, de dar cierto campo de libertad a algunos, y hacer presión sobre otros, de excluir a una parte y hacer útil a otra, de neutralizar a estos y de sacar provecho de aquellos?"³⁵. ¿No será provechosa para dejar incólumes las relaciones sociales vigentes en nuestra Colombia? Por último, ¿cómo se explica el narcotráfico?

2. SICARIATO: ANOMÍA Y SUBCULTURAS:

A FALTA DE REFORMAS, BUENAS SON REFORMAS³⁶

2.1 *Características discursivas*. En este segundo plano interpretativo del sicariato en Colombia, los autores toman como explicación la teoría de la anomía³⁷, según la cual, las sociedades industrializadas generan mecanismos de desintegración social por el efecto de la división social del trabajo. Así, aparecen grupos con intereses diferentes, los cuales producen una tensión que da origen a la anomía, en contraposición a un estado de orden anterior. La anomía surge "porque la división del trabajo no permite contactos eficaces entre los miembros de la sociedad ni tampoco regulaciones adecuadas de las relaciones sociales. Es decir, hay una solidaridad orgánica imperfecta"³⁸. La anomía es el malestar social, la insatisfac-

miento generan cambios en las identidades de los individuos hasta convertirlos en verdaderos delincuentes. Ver: H. BECKER, *Outsider, Studies in the Sociology of Deviance*, New York, 1963; A. BARATTA, *Criminología crítica y crítica del Derecho Penal*, Siglo XXI, México, 1986, entre otros.

³⁵ M. FOUCAULT, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1978, pág. 277.

³⁶ El título lo tomamos de G. PALACIO, "Crisis de la Justicia y Democracia en Colombia", en P. MEDELLÍN (comp.), *La reforma del Estado en América Latina*, FESCOL, Bogotá, 1989, pág. 346.

³⁷ Concepto planteado inicialmente por DURKHEIM y desarrollado por MERTON, CLOWARD y OHLIN en su teoría de las subculturas criminales.

³⁸ R. DEL OLMO, *Ruptura criminológica*, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, Caracas, 1979, pág. 128.

ción por el orden social actual. Las diferentes formas de violencia son, entonces, el efecto de la naturaleza forzada de la división social del trabajo. En ese orden, los méritos personales y las expectativas individuales no corresponden a las funciones efectivamente desempeñadas en la sociedad y, por lo tanto, aparecen formas de responder a ese malestar anómico, a través de la delincuencia. En otras palabras, los valores culturales no pueden ser alcanzados a través de los medios socialmente disponibles.

“Medellín es hoy el epicentro de la violencia urbana. Los agentes activos son los jóvenes de la clase media frustrada en sus expectativas de educación y enriquecimiento. La sociedad de consumo, excitada a diario por los videos norteamericanos de sus productos, drogas y héroes matones, y por la opulencia de los nuevos ricos criollos, ha generado una revolución violenta de las expectativas. Es en esta clase media de frustrados donde nacen los sicarios y no en el lumpen de los miserables de donde salen los rateros y los mendigos callejeros”³⁹.

El auge de la sociedad capitalista en Colombia condujo a un trastoque de los mecanismos de integración y cohesión sociales anteriores. “La modernización lograda en Colombia no ofrece por sí misma un principio de integración y de cohesión sociales. Trastoca los mecanismos de cohesión anteriores (la religión, las lealtades personales, el sentido de pertenencia) y la explicación del orden anterior (basada en el orden divino) pero no ofrece la cohesión social moderna, la ciudadanía, por lo que impide la constitución de una identidad nacional, un reconocimiento de la sociedad como colectividad y por tanto deriva en su incapacidad para actuar sobre sí misma. La mayor conciencia sobre las desigualdades, ya no derivadas de un «orden divino» sino del desorden de los hombres, pone en entredicho la legitimidad del orden vigente”⁴⁰.

La manera de contestar la anomía es la delincuencia. El sicariato es el producto de un estado de desorganización social, efecto del desarrollo desigual y de la desintegración de los antiguos modos de solidaridad social. El alcalde de Medellín, Omar Flórez Vélez, declaró hace unos días: “El dinero cambió los patrones de vida de Medellín, llevó a los habitantes a irrespetar el sentido de la vida”⁴¹. Ante la situación de frustración de la población por falta de oportunidades, el único camino posible para resolver el conflicto es la violencia: “El 60% de los habitantes de la capital antioqueña vive en condiciones de pobreza, sin sus necesidades mínimas y básicas satisfechas. Grandes sectores están excluidos del empleo, condenados a la informalidad y viviendo del rebusque”⁴².

El egoísmo es parte de la desintegración producida por la situación anómica de la sociedad industrial, “... uno de los factores que ha generado esta situación

³⁹ J. CHILD, “Autocrítica paisa”, en *El Espectador*, Bogotá, julio 2 de 1990, pág. 3a.

⁴⁰ C. CORREDOR, “Una modernización a medias”, en *Análisis*, núm. 4, CINEP, Bogotá, junio de 1990, pág. 36.

⁴¹ *El Espectador*, Bogotá, junio 5 de 1990, pág. 12a.

⁴² “El desempleo del sicariato. Informe Especial”. en *Revista Semana*, ed. cit., pág. 25.

(el sicariato) es el egoísmo de las gentes”⁴³. Evidentemente, la aparición del narcotráfico se convierte en la salida más fácil para resolver las necesidades de las clases marginadas y la formación de bandas juveniles a manera de subculturas. “Es así posible que estas minorías discriminadas, en la comprobada imposibilidad de alcanzar metas oficiales a través de las formas institucionales, sean llevadas a expresar otros valores, otras metas perseguibles desde su posición de desventaja o a legitimar algunas prácticas ilegales para la consecución de las metas oficiales. En ambas hipótesis se debe hablar de subculturas”⁴⁴.

A falta de integración social y a las expectativas malogradas, se suma el narcotráfico como recurso para lograr alcanzar, por fin, un poder económico, valor por excelencia en nuestra sociedad⁴⁵. El narcotráfico sirvió de detonante y no “podía encontrar mejor caldo de cultivo que ese millón seiscientos mil personas que habitan en las comunas de las empinadas montañas de Medellín”⁴⁶. “Una insurgencia de la juventud en las barriadas populares de Medellín, que ha encontrado en la violencia, en el sicariato y en el narcotráfico una posibilidad de realizar sus anhelos y de ser protagonistas en una sociedad que les ha cerrado las puertas”⁴⁷.

De esta manera, las condiciones están creadas para la formación de subculturas: “A nuestro modo de ver, las bandas juveniles han constituido una subcultura. Ellas son portadoras de unos códigos, de un lenguaje, de un sistema de relaciones, y de una actitud frente a la vida y la muerte, que contrasta en muchos aspectos con nuestra tradición cultural”⁴⁸.

Según SALAZAR, en un estudio sobre las bandas juveniles de las comunas marginadas de la ciudad de Medellín, la subcultura allí presente se caracteriza por ser una mezcla de los valores de la cultura paisa (el afán de lucro, el sentido religioso fuertemente arraigado, la figura materna, y el espíritu de retaliación), de la cultura moderna (lo desechable) y de la cultura “maleva” (vivir plenamente el presente, no importa si mañana se muere). Los jóvenes han introyectado esos valores, reafirmando a su manera⁴⁹.

Dentro de esta concepción urge, además de las medidas penales y represivas, llevar a cabo reformas al sistema educativo, social y económico, es necesario la creación de un plan de inversiones. “Para conjurar esta situación de violencia se deben tomar medidas de carácter social. El problema es de promocionar el empleo”.

⁴³ *El Colombiano*, Medellín, junio 27 de 1990, pág. 6a.

⁴⁴ M. PAVARINI, *Control y dominación*, Siglo XXI, México, 1983, pág. 111.

⁴⁵ “Los jóvenes, por la ausencia de valores familiares y de valores patrióticos, se inclinan por el enriquecimiento fácil, ilícito y rápido, usando la violencia como medio”, en “Un viaje al universo del sicario”. Informe Especial, *El Tiempo*, ed. cit., págs. 1a-2b.

⁴⁶ “¿Guerra civil en Medellín?”, en *Revista Semana*, Bogotá, julio 3 de 1990, pág. 25.

⁴⁷ A. SALAZAR, “No nacimos pa' semilla”, en *Análisis*, núm. 4, ed. cit., pág. 30.

⁴⁸ *Ibidem*, pág. 30.

⁴⁹ Para una información más amplia, ver *ibidem*, págs. 30-34.

La responsabilidad es de todos, en consecuencia el esfuerzo debe ser conjunto; la solidaridad, el consenso y la acción mancomunada nos harán salir de la crisis⁵⁰.

En recientes declaraciones, el alcalde de Medellín propuso reiniciar la construcción del Metro e iniciar la construcción de la variante de Bello, con el fin de generar empleos; destinar cinco mil millones de pesos en obras sociales, como la ejecución de microparques en los barrios populares y de un hospital al norte de la ciudad; y promocionar actividades culturales y recreativas. Todo con miras a erradicar el sicariato y la violencia⁵¹.

2.2 *La estrategia del discurso: funcionalismo y readecuación de las viejas estructuras sociales.* Aunque la visión planteada por este discurso es más macrosociológica, no puede negarse el alcance limitado de sus hipótesis. ¿Cómo se analizarían, en ese contexto, las acciones de los grupos que han aparecido para dar limpieza a las bandas sicariales? ¿Cómo se interpretaría la colaboración entre agentes de la policía y sicarios que denuncia la prensa? ¿En dónde se ubican los usuarios del sicariato, los empleadores? ¿Cuál sería el papel de la ley y de la administración de justicia en la génesis del fenómeno? ¿Cuáles son las causas que explican la anomía? Una sola cara de la moneda aparece en entredicho, el hilo más débil de la trama: los jóvenes sicarios. De nuevo la perspectiva individualiza el problema, bajo el atrayente manto de una socialización de las culpas. ¿Es posible distinguir entre la estructura cultural y la estructura social, como dos entes separados? ¿Es válido hablar de una desintegración social por oposición a un viejo orden perdido? ¿De debilitamiento de los valores? ¿Alguna vez existieron?

Los anteriores interrogantes nos llevan a plantear los implícitos políticos de esta nueva visión. Considerar la anomía como factor generador de la subcultura sicarial, sin explicarla, sin analizar las relaciones sociales que la generan, es hacerla aparecer como natural. La sociedad con división del trabajo es "naturalmente" desigual y forzosamente excluye a algunos. En el fondo todos somos culpables y al mismo tiempo, nadie lo es. Inevitablemente, las sociedades mercantiles sufren anomía, es necesario al menos, reducir la tensión por medio de ciertos cambios que busquen disminuir la discrepancia entre los valores culturales y las expectativas de alcanzarlos por medios lícitos. La delincuencia es el termómetro que indica el momento de actuar oportunamente⁵³.

No se cuestionan las estructuras sociales; por el contrario, se refuerzan, pues se trata es de readaptarlas permanentemente a través de reformas. En este campo

⁵⁰ *El Colombiano*, Medellín, junio 27 de 1990, pág. 6a. En el mismo sentido léase los editoriales de *El Colombiano*, Medellín, junio 29 de 1990, pág. 2a: "Tenemos el alma aplanada", junio 26 de 1990, pág. 2a: "¿Cuántos muertos más?", y junio 21 de 1990, pág. 2a: "Emergencia social para Medellín".

⁵¹ Cf. "¿Guerra civil en Medellín?", en *Revista Semana*, ed. cit., pág. 27 y *El Espectador*, Bogotá, junio 5 de 1990, pág. 12a.

⁵² Nos referimos a la variada gama de actores sociales que contratan los servicios de los sicarios: "Que no son exclusivamente los narcotraficantes. Muchos sectores políticos y sociales se aprovechan de la cortina de humo que forman los muchachos sicarios". A. SALAZAR, "No nacimos pa' semilla", en *Análisis*, núm. 4, ed. cit., pág. 34.

⁵³ H. PAVARINI, *Control y dominación*, ed. cit., pág. 59.

explicativo, la aparente crítica social es en el fondo una legitimación de un "desorden natural", de unas "desigualdades naturales". Los pobres jóvenes sicarios, delincuentes hijos de la anomía, deben ser objeto de educación especial para el conformismo, para la aceptación de su papel. Nuevamente, el Estado aparece como neutral y las clases desfavorecidas como las delincuentes con las secuelas de mayor segregación y etiquetamiento social.

3. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Ha sido nuestro objetivo analizar críticamente las dos interpretaciones más difundidas del sicariato en Colombia, con el fin de extraer de ellas su utilidad política. Esta lectura no desvirtúa las posibilidades de emprender un estudio sobre las causas del fenómeno. No obstante, él implicaría un enfoque más comprensivo, que abarque también tanto los procesos de criminalización como las formas generales de la dominación en una sociedad como la nuestra. Esta vasta tarea serviría para un mayor entendimiento de la problemática y, obviamente, para llegar al compromiso político.

Por último, quisiéramos terminar con unas palabras de "Toño", joven sicario: "Es tremenda la ciudad por la noche; mucha luz y mucha sombra. Uno es como una lucecita de esas, perdida en ese mar luminoso. Eso puede ser uno, una luz o tal vez una sombra. A la final somos todo o nada. Se puede ser mucha cosa pero siempre seremos mortales"⁵⁴.

⁵⁴ A. SALAZAR, *No nacimos p'a semilla. Testimonios sobre la violencia juvenil en Medellín*. Corporación Región y CINEP, en prensa, pág. 45.